



## Inicio

Estamos ya habituados a tener acceso a las "versiones en línea" de las publicaciones, periódicas o no, escuchamos comúnmente: la versión en línea del periódico tal; la revista cual ya tiene página web; en su edición digital, actualizada cada hora... Y otro tanto ha sucedido con los libros, desde las reproducciones de obras libres de derechos hasta las copias piratas en PDF de los *best sellers*, gran parte de la oferta de varios sitios de Internet es que ya "subieron" el contenido a un servidor, contenido que tiene o tuvo su origen en el papel. Lo que no es todavía tan común es que los libros se **caigan de la red**, esto es, que una publicación cien por ciento electrónica, que nació en bits<sup>1</sup>, aparezca posteriormente en formato tradicional: un objeto oblongo, formado por una serie de páginas unidas por un extremo, usualmente conocido como libro.

*Flor de Farola* (cuyo título se puede rastrear aquí)<sup>2</sup>, es un libro que no nació como tal, el autor empezó recopilando carteles (pasquines, volantes, simples hojas de papel pegadas por ahí) porque le llamaba la atención su naturaleza: "Eran piezas extrañas, cuya forma de escritura y difusión hacían plantearse preguntas sobre la naturaleza y propósito de sus autores"

## Los orígenes

La primera vez que vi el nombre de José Antonio Millán fue en la tapa de un libro: *Perdón imposible*<sup>4</sup>, la ilustración muestra un reyecito con un lápiz enorme, que acaba de dibujar una coma entre ambas palabras y luce muy ufano. También llamó mi atención el subtítulo: "Guía para una puntuación más rica y consciente"; compré el volumen y supe que el autor tiene formación de filólogo. Meses después leía la *bitácora literaria* y encontré una reseña sobre ese mismo libro y un enlace a la página personal de su autor: <http://www.jamilan.com>, empecé a explorarla y supe que, además, Millán edita y escribe. Así conocí *Flor de Farola* (y Libros y Bitios y Lengua y una serie de secciones más), que me cautivó. Y hace medio año, en un *Diplomado de publicaciones electrónicas*, me enteré de que este polifacético personaje era una de las principales referencias en cuanto a edición digital se refiere.

Flor de Farola es un ejercicio a la vez lúdico y riguroso; José Antonio Millán, además de pertenecer a la categoría de los viandantes atentos, es al parecer un buen coleccionista: ¿quién se pone a despegar los anuncios no profesionales de la gente común?, ¿quién los guarda para luego estudiarlos?, y lo que es más intrigante: ¿por qué? La respuesta a estas preguntas está en dos lugares: uno electrónico (o virtual, como se prefiera) y otro físico y, a pesar de que el contenido es prácticamente igual, la lectura de ambos puede ser totalmente distinta. Acerca del hecho de "bajar" un sitio web a papel y del origen de esta aventura se pude revisar su propia reflexión en el [blog del Futuro del Libro](#).





## La lectura

Me llaman la atención varias cosas acerca de este ejercicio que tiene, por donde se mire, visos de ser un experimento poco común; en primer lugar el hecho de que Millán sea una rara avis en el mundo del libro y del lenguaje, un todólogo: editor en papel, editor en formato electrónico, lingüista, gramático y escritor. Sólo que, en su caso, ejerce todos estos oficios con sorprendentes y amenos resultados. Además hay que reconocer que posee un estilo agradable y bien definido, cosa que se agradece. En el caso del libro que nos ocupa una de las principales causas de la recomendación es que se lee como un texto (o varios textos) ameno, fresco, inteligente y observador: no sólo por el sentido del humor y la imaginación invertida en analizar, desmenuzar o especular acerca de las intenciones de los responsables de esos hallazgos o, incluso, acerca de la cara detrás de una firma o un escrito anónimo; sino por el rigor académico, la parte "seria", con que Millán aborda cada análisis y desgrana cada línea. De estos textos hay algo que parece muy obvio, pero también llama la atención: la mayoría de los que están publicados en el volumen en papel, son mucho más extensos que su objeto de estudio. Digo "la mayoría" porque **algunos originales** son sencillamente larguísimos.

Quiero apuntar algo: una de las grandes diferencias entre el volumen de Melusina y la publicación original es que, por motivos de formato, espacio y reproducción, el lector no tiene acceso a las transcripciones de los documentos originales y, en muchos de los casos, es imposible conocer el texto completo, porque la reproducción en pequeño y en blanco y negro, dificulta su lectura. Y una variante en el contenido es que las tablas que funge como fichas si son diferentes, por los datos que contienen

## Conclusión

Aquí, me parece, viene a colación el asunto de la lectura en pantalla versus la lectura en papel (asunto muy discutido también en el blog del [futuro del libro](#)). En lo personal prefiero leer en papel, aunque confieso que ahora realizo al menos un treinta por ciento de mis lecturas en pantalla, sea por trabajo o por placer (nunca he podido adquirir la práctica de imprimir los documentos, no sabría dónde ponerlos y ya tengo aleros de fotocopias). En el caso de la página de José Antonio siempre la he leído directamente de Internet, pero cuando en cuanto tuve en mis manos Flor de Farola, impreso, encuadernado y empastado, releí todos los textos, ahora en su nueva presentación y lei por primera vez las adiciones hechas por su autor, para esta nueva forma de publicación.

Tengo una confesión que hacer: en este caso no sé por cuál de las dos versiones inclinarme. La edición electrónica me permite copiar y pegar una cita, hacer una búsqueda velocísima por palabras, ver en colores y muy cercanas a la realidad, fotografías de los documentos que el autor estudia, tener al mismo tiempo varios documentos y saltar de uno al otro. Leer el volumen físico me permite llevármelo a cualquier lugar (incluso por el formato: 17 x 10 centímetros, y 1.3 de lomo), revisar el índice analítico —inteligentemente incluido—, prestárselo a cualquier lector —especialmente a los no aficionados a leer en pantalla—, disfrutar del papel, la tipografía y el diseño editorial. Aquí no puedo sino felicitar a quienes compusieron el libro: la tipografía y el diseño me parecen muy bien resueltos y el resultado es un buen libro y de excelente manufactura.

Esta es una apreciación totalmente personal, desde luego, en ambos casos el contenido es prácticamente el mismo, con la excepción de que el libro tiene dos flores más y el sitio web ofrece mejor visibilidad de los originales; en ambos casos la lectura es placentera pero, al menos para mí, puede variar de un medio a otro. Es como si el tono del texto en papel cambiara, a pesar de que es exactamente el mismo que el de la pantalla; pero si a eso le añadimos que el ritmo de la lectura varía, porque se modifica cuando una página termina y debo dar vuelta para ir a la otra (en el sitio web, en cambio, el texto es un solo bloque, aunque esté dividido en párrafos), entonces la recepción del contenido se modifica. El orden, sin ir más lejos: es muy común que en un sitio de la red el usuario elija el orden en que lee los textos; en un libro impreso, en cambio, casi siempre se sigue el la lógica establecida por la numeración, en orden ascendente. El lector tiene la soberana libertad de saltarse pasajes o empezar por la mitad y luego hacer una lectura aleatoria, sí, pero honestamente casi siempre empezamos por el principio y acabamos por el final.

Ante la disyuntiva (que podría entenderse) yo apuesto por complementar ambos soportes. Si el lector tradicional desea conocer a la letra el contenido o el aspecto del cartel o del documento o si quiere conocer la fuente de donde fueron tomados los textos reproducidos por la editorial, que vaya a la red. Y para quienes apuestan por la vía virtual, puedo recomendar que no dejen de tener en sus manos el libro editado por Melusina, la experiencia será enriquecedora. Sólo me queda añadir que, además de hermoso y manejable, *Flor de Farola* representa un hallazgo en el mundo editorial: un libro que nació de una obsesión, se convirtió en una publicación electrónica no periódica y ahora puede integrarse, quizá en la sección de "comunicación", como propone la casa editora, a las estanterías de nuestras casas.